

ce mos con los pastores, nuestros homenages, adoraciones y corazones... Bendecidnos, o divino Niño; bendecid las resoluciones, que hemos tomado el día de vuestro nacimiento... ¡Gloria á vos en vuestro humilde pesebre! ¡Gloria por todas las humillaciones que os habéis dignado sufrir por nosotros! gloria á vos en las alturas! ¡gloria á vos en el tiempo presente y por los siglos de los siglos!... Así sea.

ALOCUCION

PARA EL PRIMER DÍA DEL AÑO.

Empleo del Tiempo.

TEXTO. *Homo, sicut fœnum dies ejus, et tanquam flos agri, sic efflorescit.* La vida del hombre es como la yerba que se marchita, y pasa como la flor del campo (Salm., cii, 14).

EXORDIO. Hermanos míos, el santo rey David compara en sus Salmos la vida del hombre á la yerba de los campos, que crece y verdea durante algunos días, al fin de los cuales se seca y marchita... Como la flor, que aparece lozana por la mañana y se vuelve mustia por la tarde, así son todos los días del hombre sobre la tierra... El hombre durante el primer tercio de su existencia conserva toda la plenitud de sus fuerzas, y goza de perfecta salud! hé aquí la mañana de su vida; es la flor, que presenta su yema llena de sávia á los brillantes rayos del sol, cuando éste nace. Desde los veinte á los cincuenta años es la edad en que el hombre conserva su vigor; es la flor entreabierta, que con toda su hermosura brilla á la luz del medio día. Luego á medida que el sol vá ocultándose, la flor va desmereciendo, y se marchita y muere, siendo otra flor, la que mañana aparecerá en su sitio. Así sucede con el hombre. Cuando llega á cierta edad, se enflaquece, debilita, marchita y muere, y mientras que otro ocupa su sitio en la tierra, su cuerpo, depositado en el sepulcro,

aguarda, que la trompeta del juicio final le despierte para las glorias del cielo ó los tormentos del infierno. Hé aquí la vida del hombre completamente igual á la de la flor ó yerba de los campos...

¡ Ah, el tiempo, amados hermanos míos, pasa velozmente! Es un rio inmenso que corre con rapidez, sin que haya medio de detenerle ni de aminorar su precipitada carrera; y nosotros somos como hojas arrojadas sobre la corriente, que nos arrastra á pesar nuestro; y despues de haber flotado sobre sus olas vamos á parar en sus anchurosos abismos.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Al considerar la marcha rápida del tiempo y la fragilidad de nuestra vida; al ver que un nuevo año reemplaza al anterior, me parece útil, amados hermanos míos, fijar vuestra atencion sobre el tiempo, que se nos escapa... Quiero, pues, deciros, *en primer lugar*, cual es el precio y valor del tiempo: y *en segundo lugar*; la manera de emplearlo bien, á fin de que no lo perdamos para siempre.

Primera parte. Y desde luego, ¿ cuál es el precio ó el valor del tiempo?... Nada más propio, hermanos míos, particularmente en este día que empieza un nuevo año, nada más propio que escuchar la siguiente reflexion: « ¡ Cuán veloz pasa el tiempo! ¡ Ya ha pasado un año! »... En efecto el tiempo corre rápidamente, parece en cierto modo que se escurre de entre nuestros manos. Una hora, un día, una semana, un mes y un año se nos escapan, sin que nos hayamos apercibido. Y, sin embargo, todas estas partes de tiempo tienen su precio y valor. Cada espacio de este tiempo es como un tesoro que Dios nos confia, y del cual tenemos que responder cuando liquide nuestras cuentas... ¡ El tiempo, hermanos míos, es la cosa más preciosa del mundo!... Quizá os sorprenda este pensamiento. Y de hecho, viendo la deplorable facilidad, con que se pierde y se gasta inútilmente, y el desden con que se emplea en las cosas más ó ménos frívolas, no sabréis de pronto comprender, que el tiempo sea tan precioso... Pero, amados hermanos míos, reflexionemos un momento, un minuto. — Este al ménos será bien empleado. — Veamos juntos su valor para con los hombres; y verémos despues el que tiene ante Dios.

Todos los días se ven y sin duda alguna no faltan en este mismo instante, en que os hablo, ricos que nadan en oro y plata; la muerte se aproxima á ellos, ya empiezan á sentir sus ásperos apretones, contra los cuales en vano se revuelven... En vano los médicos y los más célebres doctores acuden á ofrecerles los auxilios de la ciencia! No hay ya remedio, la vida de este hombre está á las puertas del sepulcro!... Ah! gustoso daría él una buena parte de sus tesoros por poder vivir todavía el año, que empezamos nosotros!... Pero, á pesar de todas sus riquezas, no puede conseguirlo!... Podrá con todo su dinero conseguir castillos, palacios y placeres, pero no podrá conseguir una hora más de vida, aunque poseyera los mayores tesoros del mundo!... ¿No es verdad, hermanos míos, que, aun hablando solo bajo el punto de vista humano, el tiempo es una cosa muy preciosa? Cuando somos jóvenes abusamos de él, y sin embargo yo he visto viejos que lloraban, al ver que el tiempo se les escapaba. Yo he visto á uno, que tenía cien años, muy cristiano por cierto, que salía de la Iglesia de suplicar el Señor le concediese algunos años más de vida. Ya véis como se siente el precio del tiempo, sobre todo cuando se nos escapa... Pero el valor del tiempo es preciso ponderarlo, sobre todo ante Dios!... Ah! una hora; qué digo? un minuto, puede valer una eternidad dichosa... ¿Véis al ladrón crucificado á la derecha del Salvador? Si hubiera muerto un cuarto de hora ántes, ¿dónde hubiera ido á parar? Al infierno. Pero este cuarto de hora se le ha concedido, él se ha vuelto hacia Jesús, y le ha dicho: «Acordaos de mí. *Memento mei.*» ¡Y ha merecido esta respuesta: «Hoy estarás conmigo.» ¡Y se ha salvado! — ¡Oh, hermanos míos, no abandonéis nunca á vuestros parientes enfermos, hacedles algunas piadosas reflexiones; el momento que precede á su agonía puede ser quizás el minuto, que Dios les deja para arrepentirse! — Pero volvamos al precio del tiempo. Preguntemos, para saberlo mejor, preguntemos á cualquiera de los condenados. Al rico avariento, si queréis, por ejemplo., «Mira, pues, tú que en la tierra depreciaste al pobre Lázaro, y llevaste una vida tan alegre y deliciosa,

tú que no pedías más que una gota de agua, para acallar tu sed devoradora y calmar el fuego que te atormenta, Dios te concede un cuarto de hora.» — «¡Un cuarto de hora! exclama, ¡ah, qué dicha? Voy á emplearlo en hacer penitencia!... ¡Bendito sea el Señor! ¡cuánta misericordia!» — Atrás desgraciado! — Solamente hemos querido interrogarte; pero ya sabes que Dios te dió tiempo cuando vivías, y como otros muchos no supiste apreciar su valor!...» Ah! ya entendeis, hermanos míos, cual es el valor del tiempo ante Dios, es el precio del cielo, el precio de una dicha eterna. Hé aquí lo que vale!

Segunda parte. Si los días, que Dios nos concede, tienen tanto valor, si cada cuarto de hora y cada minuto, puesto en la balanza de la fé, pesa toda una eternidad, ya comprenderéis, amados hermanos míos, las reflexiones que debemos hacer al empezar este nuevo año, y la necesidad de emplear bien el tiempo... Veamos primeramente como se le emplea mal, y despues dirémos, como debemos usar de él. Desde luego se pasa sin hacer nada. Todo hombre está obligado al trabajo; es una ley de la naturaleza, ó si lo preferís un castigo, efecto del pecado del primer hombre.

Desgraciado el hombre ó la mujer que no trabajan, su vida es inútil: se parecen á aquellas plantas parásitas, que se alimentan del jugo de otros árboles. Por esto maldijo Jesucristo la higuera infructuosa. En segundo lugar se emplea el tiempo en hacer mal! Pero, ay! lo sabeis, hermanos míos, cuánto tiempo hemos pasado cada uno de nosotros ofendiendo y ultrajando al Dios, que nos hacía gracia de él!...

Sería demasiado pesado, si quisiera entrar aqui en todos los detalles... Pero, ¡cuántas horas hemos pasado sólo murmurando! ¡Cuántas noches pasadas en diversiones de dudosa moralidad! Además ¿el trabajo del domingo no es un tiempo empleado en ofender á quien nos lo dá? Advertid tambien que no hacer el bien como se debe es gastar el tiempo inútilmente. ¡Oh hermanos míos, ¡cuántos trabajos perdidos, sudores inútiles, marchas y fatigas estériles, por no haber sabido elevar nuestro corazón á Dios! ¿Qué es preciso hacer, pues, para emplear bien

el tiempo?... Nada mas fácil, escuchadme con docilidad. Primeramente, al rogar á Dios por la mañana, ofrecerle todas nuestras acciones. De esta manera todas nuestra ocupaciones del día tendrán su mérito. Despues cumplir fielmente con nuestros deberes de cristianos. En fin, cumplir bien á los ojos de Dios las obligaciones de nuestro propio estado. Nó, nó, amados cristianos, Dios no se muestra exigente con nosotros; no ha querido ni quiere hacernos la vida imposible!... Labradores, las horas que pasáis cultivando vuestros campos, y vosotros obreros de todas clases, las horas que empleáis en vuestras ocupaciones, eso no es tiempo perdido!... Es tiempo bien empleado, si sabéis, como he dicho, ofrecer vuestro trabajo á Dios, y sobre todo si santificáis con el descanso y oraciones el Domingo. Muchas veces lo hemos repetido y no debéis ignorarlo, una parte del tiempo, que Dios os ha dado, le pertenece; y las horas mal empleadas, que harán caer sobre vosotros la maldicion del Altísimo, son la horas del domingo, que robáis al Criador...

Pero os estoy oyendo decir: «¡Son tan urgentes los trabajos, la lluvia nos amenaza, el tiempo es tan cruel y se gana tan poco!... ¿qué sería de nosotros, si no trabajásemos el domingo?» ¿Qué sería de vosotros? Sería lo que era de vuestros antepasados, que no trabajaban el domingo y lo santificaban, para asistir á las prácticas religiosas, y si no eran tan ricos, al ménos eran más cristianos y dichosos que vosotros. Respondedme á esta pregunta. ¿Para qué os ha colocado Dios sobre la tierra? ¿Os ha colocado para gozar de los placeres y amontonar riquezas, ó para salvar vuestra alma y ganar el cielo? Pues bien, cualquiera que sea vuestra posición ó las ocupaciones, que tengáis, debéis destinar cierto tiempo para servir á Dios... Creedme y suprimid todas aquellas, que os lo impidan; pues están de más. Nuestras excusas no valdrán ante Dios. De el secretario de un rey de Francia se cuenta, que ántes de expirar, llamó á su príncipe, y le dijo: «Tengo que pedir una gracia á vuestra Majestad; los médicos han dicho que no hay remedio para mí y que dentro de breves minutos voy á morir. Dignaos concederme una hora, para prepararme. — ¡Una hora, respondió el prin-

cipe, una hora, amigo, no os la puedo conceder! Yo concederé una pension á vuestra esposa, haré felices vuestros hijos, y celebraré por vuestra memoria honrosos funerales; pero una hora, eso no está en mi poder. ¡Ay de mí, respondió el moribundo, he empleado tantos años en servirlos, y vos no podeis concederme un cuarto de hora!... » Pues bien, hermanos míos, nosotros tambien nos encontraremos algun dia en semejante apuro; en vano apelaremos á nuestras posesiones, casas y tesoros, es decir, á todo aquello, á lo cual hayamos consagrado nuestra vida; en vano les pediremos el cuarto de hora, que necesitamos; no, no podrán dárnoslo, y moriremos sin obtenerlo.

PERORACIÓN. Hagamos, pues, al empezar este nuevo año serias reflexiones. De todo el tiempo, que Dios nos ha concedido, se nos tomará muy estrecha cuenta. El año, que acaba de extinguirse, se levantará como un testigo el día de nuestro juicio. *Vocavit adversum me tempus*¹ ¡Dios quiera, que sea en nuestro favor! Al ménos, pues, que sea bien empleado el que empezamos. Si, amados hermanos míos, esta palabra, tan repetida en este día, es un deseo, que nace de lo más profundo de nuestro corazón... «¡Feliz año!» Dios en su santa misericordia sostenga invencible la Iglesia y consuele á nuestro querido y santísi no Papa Pio IX! Feliz año para él y la santa Iglesia! » Que se digne tener piedad de nuestra patria y reprimir las malas pasiones, que fraguan su ruina! que corrija á los malos, y á los buenos les dé fuerza y valor para conservar sus sentimientos, y que haga florecer entre nosotros la fé y la religion! ¡Feliz año para nuestra Francia! ¡Que nos libre de todas las calamidades, hermanos míos; que las enfermedades respeten vuestros hogares; que vuestras esperanzas no sean defraudadas, que vuestros hijos crezcan humildes y sumisos á los padres, y que, vosotros, sus padres y madres, seais colmados de toda clase de prosperidades!... Pero sobre todo que se digne su misericordia avivar la fé en vuestros corazones, sostener entre vosotros la paz, la union, la concordia y

1. Thren., i. 13.

daros la gracia de emplear el tiempo, que os dé, de tal modo, que no sólo seáis felices en la tierra, sino que tambien merezcáis vuestra bienaventuranza eterna!... Así sea.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO DE LA VIGILIA DE LA EPIFANIA

(MAT. II, 19-23.)

Huida á Egipto, y regreso; el cristiano no se deja abatir por las adversidades, ni tampoco se enorgullece por la prosperidad

TEXTO. *Surge, et accipe puerum et matrem ejus, et vade in terram Israel.* Levántate y toma al Niño y á su madre, y vuelve á la tierra de Israel.

EXORDIO. Hermanos míos, no ignorais que pocos días despues del nacimiento del Salvador en Belen, los Magos, guiados por una estrella, vinieron á adorarle. Llegaron á Jerusalem y preguntaron á los intérpretes de la ley, donde había nacido el nuevo rey de los Judíos. En el próximo domingo os hablaremos de esta adoración de los Magos... Pero habiendo llegado esto á noticia de Herodes, éste se llenó de furor y envidia, y á fin de librarse del temor que tenía de perder su corona con el nacimiento de este nuevo rey, mandó matar á todos los niños que había en los contornos de Belen; esto se llama la degollación de los Santos Inocentes. Pero un ángel se apareció en sueños á José, y le dijo que huyese á Egipto, para que el niño Jesús no fuese degollado. ¡Oh dulce Víctima, mas tarde, cuando hubieseis dado al mundo vuestras saludables instrucciones, debíais ser inmolado sobre el altar del Calvario!... San José, pues, se retiró á Egipto, y permaneció allí varios años, despues de los cuales tuvo lugar lo que leemos en el Evangelio del presente día.

« En aquel tiempo, muerto Herodes, hé aquí que el ángel del Señor se apareció en sueños á José en Egipto, diciéndole: Levántate, toma al Niño y á su madre, y véte á tierra de Israel, porque han muerto ya los que querian quitar la vida al Niño. Entónces él se levantó, y tomó al Niño y á su madre, y se vino á tierra de Israel. Y oyendo que Arquelao reinaba en Judéa en lugar de Herodes su padre, temió ir allá, pero avisado en sueños, se fué á Galiléa. Y vino, y habitó en la ciudad que se llama Nazareth, para que se cumpliese lo que fué dicho por los profetas, « que había de ser llamado Nazareno. »

PROPOSICIÓN. La huida á Egipto y el regreso de la santa familia contienen varias documentos. Sería muy pesado, si tratase de explicarlos todos, por lo cual nos detendremos en el siguiente: La docilidad de la santa familia en obedecer las órdenes de Dios es el modelo de la sumision, con que nosotros mismos debemos aceptar las disposiciones de la Divina Providencia.

DIVISION. *Primeramente*, la huida á Egipto nos demostrará que un cristiano nunca debe dejarse abatir por las adversidades; *en segundo lugar*: el regreso nos enseñará, qué aquel nunca debe enorgullecerse por la prosperidad.

Primera parte. José y María se mostraron fieles observadores de la ley; porque la huida á Egipto tuvo lugar, despues de la presentación de Jesús al templo, y despues de haber cumplido la humilde María con los ritos de la purificación. Un ángel se apareció en la noche á san José y le dijo: « Levántate y toma al Niño y á su madre, y huye á Egipto, y estate allí hasta que yo te avise, porque Herodes busca al Niño, para matarle. » Luego levantándose José, tomó al Niño y á su madre y partió de noche á Egipto ¹; Oh vosotros, que murmuráis á veces contra la Providencia, venid aquí á adorar sus incomprensibles designios! Jesús, María y José, ¿ no constituyen lo que Dios tiene de mas querido sobre la tierra? ¿ No hay otro medio mejor de conservar á su hijo?... Él tiene en sus manos el corazon de todos los reyes! que

1. Mat. II, 14.